

LAS INVASIONES INGLESAS EN EL RIO DE LA PLATA (1806-1807)

En memoria del ilustre historiad-
dor argentino Mario Belgrano, que
tan claro juicio supo formar de la
noble figura de Liniers.

I

LAS luchas por la independencia de los antiguos virreinos y capitanías dependientes de la Corona de España abren largos años de odios e incomprensión, agravados por la torpeza de los gobiernos españoles que con absurda terquedad retrasan varias décadas el reconocimiento.

Inglaterra acepta la independencia de los Estados Unidos el año de la última batalla decisiva. España retrasa hasta 1860 el reconocimiento de la Argentina, treinta y seis años después de Ayacucho, cincuenta a partir del 25 de mayo.

Alejados de la madre común reciben los países americanos la influencia preferente de Inglaterra, y más tarde de Francia, apartadas en realidad de su tradición histórica y de su auténtica personalidad.

Inglaterra, por su esfuerzo decisivo en la independencia, el prestigio de Miller, O'Leary, Brown, Cochrane, O'Connor y otros ingleses, jefes victoriosos en las marinas y ejércitos americanos, su apoyo financiero, su comercio, conserva en el pasado siglo una decisiva influencia que le facilita su rápido reconocimiento de la nación argentina (1825), sólo anticipado por Portugal (1821) y Estados Unidos (1822).

El tratado de perpetua amistad de 2 de febrero de 1825 entre los dominios y súbditos del Reino Unido y las provincias del Río de la Plata, reconociendo entre ambas partes contra-

tantes libertad recíproca de comercio y navegación, corona siglos de terco esfuerzo por conquistar el mercado americano; desde los asaltos piráticos de Hawkins, Raleigh y Drake hasta las invasiones de Popham y Whitelocke, la influencia inglesa va en crecimiento. Ingentes capitales son colocados en la Argentina, desarrollando su industria, sus transportes, su banca. Proporcionando a Inglaterra incalculables ingresos, muy superiores a cuantos pudiera imaginar la previsión de Canning. Sólo la catástrofe de esta última guerra mundial ha podido liquidar tan enorme acervo acumulado durante la Era victoriana.

La influencia de Francia no es económica. Su también rápido reconocimiento (1830) no le proporciona apreciables ventajas materiales. Le es difícil luchar en este orden con la preponderante influencia inglesa, que el auge incontrastable de su industria, la abundancia de sus capitales facilita al Reino Unido. En cambio, el decisivo y creciente influjo de su cultura, el brillo de la «Ville Lumière», atrae los espíritus americanos, imponiendo el mito de la América Latina, que falsea en servicio de Francia la recia realidad de Hispanoamérica.

Tras la dura contienda y el largo y rencoroso recelo que la negativa de reconocimiento prolonga, en América se perpetúa largos años la enemiga contra todo lo español. Recházase la sangre y filiación hispánicas, con la misma obstinación de un Monteagudo en los comienzos de las guerras de independencia; cuando los criollos, por sus escritos, justificaban la sorpresa de Brackenridge, según recuerda Torrente: «Al oír sus apóstrofes contra la opresión de trescientos años, cualquiera creerá que no circula sangre española por sus venas y que son la misma clase de gente que Cortés y Pizarro subyugaron a la Corona de Castilla.»

Las naciones hispanoamericanas, sin relación con la antigua metrópoli, parecen olvidar los siglos de historia común, pretendiendo, por encima de ellos, enlazar los nuevos países con las antiguas organizaciones aborígenes. Inútil empresa. Las nuevas naciones surgen y se enmarcan en los cuadros mismos de la organización virreinal, porque han sido esos tres siglos, que inútilmente pretenden olvidarse, los que han creado las

propias recias personalidades que alcanzan su plenitud en la independencia.

Así, a medida que estas naciones americanas se robustecen, dando al olvido recelos y rencores, buscan y encuentran su sér y su razón en su propia cultura hispánica de que se han impregnado en esos tres siglos de convivencia y desarrollo.

Y, al fin, a uno y ótro lado del Atlántico se iluminan las mentes, se abren los brazos, brilla la verdad, culminando ésta en el verbo exaltado del mayor poeta hispánico contemporáneo: *Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda.*

Palma y Obligado, Levillier y Larreta, resucitan tradiciones y estampas virreinales no como recuerdo de dominio español, sino como propia historia de su patria, que para grandeza inolvidable de España es también parte merecida de su propia historia.

A uno y otro lado del Atlántico, en el Archivo de Indias, en los Archivos Nacionales de América, con el mismo patriótico celo, estudian los historiadores en los documentos de las épocas virreinales los años de vida común.

En esta coincidencia de estudios, ¡cuántas emociones sentí en el Archivo de Indias, logrando confirmar de modo decisivo investigaciones anteriores del ilustre historiador Mario Belgrano, unidos en idéntica patriótica tarea a través del tiempo y la distancia!

Iniciándose la independencia argentina, Joaquín de la Pezuela y Manuel Belgrano se enfrentaron enemigos en Vilcapugio y Ayohuma. Hoy, sus descendientes, don Mario Belgrano y el que esto escribe, iniciaban una amistad que, con dolor, he visto rota por su muerte, coincidiendo en el estudio de una página admirable de la historia común: las invasiones inglesas. Pórtico glorioso de la independencia argentina.

II

Pórtico glorioso de la independencia argentina y de la independencia de toda la América española. Aún más que el esfuerzo de Bolívar, el empuje del pueblo argentino, de Buenos

Aires y sus caudillos logra vencer la tenaz y también heroica resistencia realista en América. Sujetando las fuerzas realistas en los límites del Alto Perú, a pesar de las victorias de Goyeneche y Pezuela; derrumbando con la caída de Montevideo el poder español en el Plata; dando, por último, con la expedición libertadora de San Martín, golpe decisivo al Virreinato del Perú, último baluarte realista.

Las otras naciones americanas logran su independencia a través de contrarios hechos de armas. En Chile: Rancagua antes de Chacabuco y Maypú, «la patria boba», antes de llegar a «la patria nueva». En el Perú: Huaquí y Viluma, antes de Ayacucho. En Méjico, sólo once años de guerra permanente llevan al plan de Iguala. Bolívar, entre las victorias de Carabobo, sufrirá los contrastes de San Carlos y Puerto Cabello, La Puerta y Rincón de los Toros. Por dos veces húndese su obra y busca refugio en las Antillas.

La Argentina, desde 1810, a pocos meses del 25 de mayo, alcanza en plena independencia los límites actuales de la nación. Las tropas realistas no dominarán ya tierras argentinas, salvo el rápido y desastroso avance de Laserna sobre Jujuy y Salta.

En Venezuela, con Boves y Morillo, luchan quince mil americanos. En el Perú, los ejércitos de Goyeneche y Pezuela son en su mayor parte del país. Pezuela tiene generales criollos y cerca de treinta altos jefes criollos: coroneles comandantes y sargentos mayores, cuando sólo tiene nueve peninsulares (1). En la Argentina, desde los patricios de la ciudad a los blandengues de la frontera y los partidarios de Güemes en el Chaco, todos los hombres en armas sirven la bandera azul y blanca. No sólo por la decisión de los caudillos de Buenos Aires y la trágica muerte de Liniers, amenaza sangrienta y permanente contra posibles alzamientos realistas, sino, sobre todo, porque el pueblo de Buenos Aires, cabeza y brazo de

(1) *Refutación de algunas expresiones vertidas por el deán Funes contra la conducta militar y política de los generales realistas del ejército del Alto Perú, por el Marqués de Casares. Río de Janeiro. Imprenta de Moreira y Garcés, M.DCCC.XXI.*

la independencia argentina, se ha sentido y hecho mayor de edad durante el intenso período de las invasiones inglesas.

Esa es la histórica grandeza inolvidable de aquellos días, pórtico glorioso, como digo, de la independencia argentina.

En esos días se despierta y afirma en Buenos Aires la libre y propia personalidad, y no tanto en los Cabildos abiertos que deponen al Virrey e imponen al Reconquistador, cuánto en las luchas heroicas de la reconquista y defensa. Si más que ningún otro pueblo de América siente Buenos Aires desde el primer instante el impulso vigoroso de esta personalidad, es porque con sostenido esfuerzo ha sabido primero defenderla y salvarla frente al inglés.

Las tierras del Plata no son como las del Cabo, colonias inermes e inertes que quietamente aceptan cambiar de soberanía al capricho de los desembarcos o de los tratados. Error de Popham y de Whitelocke. Si las fuerzas veteranas no son suficientes, a su lado acudirán enardecidas las milicias voluntarias, y con ellas la población entera de la ciudad. Y así, ante la sorpresa de los invasores «de la orfandad militar de la víspera, el virreinato surgió de improviso armado de todas las armas. La ciudad mercantil, que afanosamente se absorbía en la realización de sus empresas..., ahora semejaba un pueblo de soldados, un campamento» (2).

Este será el acierto, el meritorio esfuerzo y la gloria de Liniers: Haberlo comprendido y previsto. Porque Liniers cree en Buenos Aires y ama la ciudad y las tierras del Plata, y, correspondiéndole, Buenos Aires llegará con fe inquebrantable a creer en Liniers y a amarle con rendimiento pleno.

Liniers ama y comprende a Buenos Aires. Pública y generosamente lo dirá el 1.º de enero de 1809 ante el motín de Alzaga, queriendo mejor renunciar al mando a que por su causa corra la sangre del pueblo de Buenos Aires: «*Catorce años hace que lo conozco; me contraje en matrimonio con una señora natural de esta ciudad, la mayor parte de mis hijos son de este suelo mismo y en él he adquirido mi fortuna y mis glorias militares. Todo lo debo a este generoso pueblo. Bajo estos*

(2) Ricardo Levene. *La revolución de mayo y Mariano Moreno.*

principios, ¿como he de soportar se derrame una gota de su sangre? Si la causa es que yo conserve el mando, lo renunciaré gustoso en quien corresponda» (3).

Que a este generoso sentimiento de amor tierno hacia Buenos Aires y no a supuestas debilidades del carácter de Liniers corresponde su actitud en aquella memorable fecha. Liniers declina el mando porque por su causa ve dividido el pueblo y puede correr su sangre, pero a la vez lo declina sólo en la autoridad a quien legítimamente corresponda después de su renuncia, no admitiendo una junta facciosa. Porque este amor al pueblo de Buenos Aires en nada enturbia su fidelidad al soberano, su recta disciplina militar, ni puede tampoco nublar su claro juicio político, pues, añade: «*No permitiré que se altere la constitución del gobierno, bien persuadido que la formación de la junta que se pretende la juzgo subversiva y como un origen de desastres que produciria la total pérdida del virreinato y aun la de toda la América.*»

III

Si las invasiones inglesas abren con gloria el ciclo de la independencia argentina, con gloria cierran igualmente los años de pacífica dominación española en la América continental.

Luego, desde Cabeza del Tigre a Ayacucho, serán los años de sangrientos sacrificios, la muerte de Liniers y sus compañeros, las cabalgadas de Boves impetuosas y bárbaras, las matanzas de la Paz, la guerra sin cuartel de Bolívar, todo lo que ensombrece con el trágico e inevitable estigma de las guerras civiles las horas victoriosas de Maipú y Carabobo, y también de Huaqui y Viluma.

Estas mismas grandes horas victoriosas, limpias de crueldad, serán alegría y victoria en unos corazones y tristeza y vencimiento en otros.

Las invasiones inglesas, los días claros de la reconquista

(3) Archivo de Indias, Leg. 155-Doc 2/2.º Informe del Estado, de la causa de 1.º de enero de 1809. Folio 3.

y defensa son alegría y victoria en todos los corazones, que entonces eran todos españoles. Porque, como con valentía afirma López (4) y reproduce, confirmándolo, Vicente, Quesada (5): «Nuestro pueblo, digan lo que quieran los que no han meditado bien estas cosas, era esencialmente español, y tan español como cualquiera otra de las provincias de España... Sucedió, pues, lo que era natural que sucediese: españoles peninsulares y españoles criollos se refundieron todos en un mismo sentimiento contra la conquista inglesa.»

Luego los españoles criollos y los españoles peninsulares lucharán en campos enemigos, y los mismos criollos servirán una y otra bandera con igual ardimiento. Pero a las victorias del Plata contra los ingleses, unánimes voltean las campanas en España y América. Las muchedumbres, con sus autoridades, invaden las catedrales y las iglesias en una explosión de agradecimiento al Altísimo. De los Cabildos de América y de España llegan emocionadas muestras de agradecimiento al Cabildo de Buenos Aires, que, con su enérgico alcalde al frente, ha tenido parte tan señalada en la defensa.

Y los españoles todos, entonces, los españoles peninsulares y los españoles criollos, que no pueden olvidar doloridos el nombre luctuoso: Trafalgar (6), exaltan, enardecidos y vengados, el nombre victorioso: Buenos Aires.

En esos días de gloria un mismo sentimiento, como dice Vicente López, ese gallardo sentimiento de independencia y de odio al invasor que alienta siempre en la viril raza hispánica, une entrañablemente a los enemigos de un mañana próximo.

(4) Vicente López, *Historia de la República Argentina*. Tomo 1.º, páginas 574 y 576.

(5) Vicente G. Quesada, *La sociedad hispano-americana bajo la dominación española*, pág. 47.

(6) Como recuerda Obligado en sus *Tradiciones argentinas*, en el combate de Trafalgar lucharon heroicamente varios marinos argentinos. Los hermanos Santiago y Francisco Aldao, Benito Lynch, Matías Irigoyen y de la Quintana, Luis de Flores. Cisneros, luego último Virrey en Buenos Aires, fué herido gravemente en Trafalgar al lado de sus ayudantes, también argentinos, Martín José Warnes y Esteban Medrano.

Olvidadas quedan las anteriores enemistades de Alzaga y Liniers, que tan detenidamente ha sabido puntualizar Exequiel César Ortega en su reciente y completa obra *Liniers, una vida frente a la gloria y a la adversidad* (7).

Pronto Liniers ordenará al Cabildo «*se ocupe el zapatero de sus zapatos*», olvidando que de haberse siempre limitado a ocuparse de sus zapatos no hubiese sido tal vez posible la defensa; pero entonces el reconquistador lealmente proclama los relevantes servicios de Alzaga y el Cabildo, pidiendo al soberano les recompense cual merecen, y, en su parte, al Príncipe Generalísimo Almirante, dirá: «*El Cuerpo municipal ha sido el principal móvil para mantener este generoso entusiasmo, proveyendo de caudales en las urgencias durante este tiempo y dando ejemplo de fidelidad. Desde el momento del ataque no desamparó la Plaza, dando las más oportunas providencias... despreciando el peligro que les rodeaba, de que advertí varias veces al alcalde de primer voto Don Martín de Alzaga, a Don Manuel Ortiz Basualdo, fiel executor, y al Regidor Don Manuel de Agüero, particularmente en ocasión en que al primero le cayó una bala a los pies.*»

Pronto Alzaga sólo hallará defectos y traición en el reconquistador, queriendo restar méritos a su esfuerzo; pero entonces, dando al olvido el sentimiento monopolista y sus recelos hacia el amigo de los criollos, partidario apenas encubierto de un más libre comercio, exalta, a su vez, en su informe al Príncipe Generalísimo Almirante: «*Los relevantes servicios que ha*

(7) *Liniers, una vida frente a la gloria y la adversidad*, por Exequiel César Ortega. Biblioteca de Brandes Biografías. Buenos Aires, julio de 1944.

Este mismo distinguido escritor publicó en el año 1941 en la revista «*Cúspide*», de Buenos Aires, dos estudios sobre Santiago de Liniers. En 1942, en la revista «*Aquí está*», otro estudio sobre Santiago de Liniers en el gobierno de las misiones. Por último, el año 1943, para obtener el título de Doctor en Historia, presenta como tesis una vida del Reconquistador; con el acertado título de *Santiago de Liniers. Un hombre del Antiguo Régimen*. Editada en 1945 por la Universidad Nacional de la Plata. César Ortega, en sus múltiples estudios sobre el desgraciado Virrey, realiza una documentadísima y muy atinada reivindicación de su memoria.

«contraído el General Don Santiago Liniers en la reconquista de esta ciudad y su defensa: en haber dispuesto y preparado los ánimos de todos para morir por la religión, por su Rey y por la Patria; en haber entusiasmado a las tropas de un modo el más singular, y en haber arrojado todos riesgos por sostener a V. M. estas ricas posesiones, cuyas circunstancias lo hacen acreedor a las liberalidades de V. M., y el Cabildo recibirá la gloria de ser recompensado el mérito de un General a quien ha elegido con asiento, voz y voto.»

Pronto Elio, patrióticamente ciego por el torpe y desleal engaño de Napoleón, envolverá a Liniers en su odio hacia todo lo francés, pero en los días de la reconquista le ayuda con la eficacia de su indiscutible valor y con la obediencia completa que le impone la disciplina militar, luego por desgracia olvidada.

Los voluntarios del Tercio de Galicia, que el 1.º de enero de 1809, seducidos por Alzaga, increpan a Liniers, pidiendo su destitución, en julio de 1807, *con tal fuego se electrizaron por la presencia de Liniers, según dice en su informe su valiente jefe Cerviño, que se arrojaron impetuosos al frente del enemigo, atacando y sorprendiendo a casi todos sus centinelas avanzados* (8).

Y los Generales y Caudillos de la Independencia, y entre ellos los que dictaran la sentencia cruel contra Liniers: Belgrano y Saavedra, Rivadavia, Puerredón, Las Heras y Valcárcel, Artigas y Escalada, Güemes, Moreno, Quintana y tantos otros, compiten en entusiasmo y heroísmo, odio al invasor y auténtica lealtad al soberano con los militares y jefes españoles Elio y Gutiérrez de la Concha, Balviani y Velasco, y también Alzaga y Cerviño, Olaguer, Murguiondo, Bufarull.

No existe en esos días de gloria diferencia alguna de origen o de interés. Un común impulso los alienta y une, dando al olvido cuanto les separa y pronto, dolorosamente, volverá

(8) *El Tercio de Galicia en la Defensa de Buenos Aires*. Documentos inéditos. Con un prólogo de Manuel Castro López. Individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia. Buenos Aires, 1911, pág. 44.

a dividirlos, *españoles peninsulares y españoles criollos se reunieron todos en un mismo sentimiento contra la conquista inglesa.*

IV

Magnífico espectáculo ofreció el pueblo de Buenos Aires aquel glorioso 5 de julio de 1807, una de las más altas fechas de la Hispanidad, luchando enardecido junto a sus jefes criollos y peninsulares, unidos todos alrededor del Caudillo supremo, entonces por igual idolatrado.

Orgullosas avanzan las columnas inglesas. El paso del Riachuelo, el contraste de Miserere, parece anunciarles tan débil resistencia como la del pasado año en la primera invasión. Y ahora muy otra es la fuerza que avanza sobre la ciudad. Más de nueve mil hombres de tropas veteranas en vez de los mil seiscientos hombres de Beresford. No es un desembarco improvisado y casi pirático como el Popham; es una expedición organizada con toda la voluntad y energía de Inglaterra, dispuesta a sacar fruto espléndido y completo de su victoria de Trafalgar, que le da el definitivo dominio de los mares. Francia ha pagado anticipadamente el apoyo prestado a las colonias inglesas. Ahora toca la suerte de España. Al Norte y al Sur del inmenso continente americano clavará sus garras el leopardo. Napoleón pretende dominar Europa. Inglaterra, eficazmente, dilata sus dominios por el mundo, y Holanda y España pagarán, con Francia, su sumisión y ayuda a Bonaparte. Si Napoleón cierra los mercados europeos a la creciente y poderosa industria inglesa, ella sabrá conquistar los extensos mercados americanos, tan largamente apetecidos.

La secular lucha gigantesca emprendida entre Inglaterra y España, desde los lejanos tiempos de Isabel y Felipe, va a jugar en las tierras del Plata la última jugada decisiva. A pesar de su decadencia, de sus permanentes guerras continentales, de la debilidad y ya la casi total destrucción de su marina, pocos son los pedazos que Inglaterra ha logrado arrancar a España de sus dominios americanos: Jamaica, Trinidad, algunas pequeñas Antillas. Poco es para más de dos siglos de tenaces

esfuerzos, cuando Inglaterra, a pesar de los poderosos ejércitos y fuerte marina de Francia, ha logrado barrerla de sus importantes dominios: el Canadá, la India y cuando Holanda ha perdido para siempre El Cabo y Ceilán.

La Habana y Caracas, Cartagena de Indias y últimamente Canarias, victoriosa de Nelson, son nombres gloriosos que exaltan la permanente y heroica defensa de los dominios españoles. A ellos se añade entonces con singular relieve Buenos Aires, por el prestigio de la reconquista, de la derrota y prisión de Beresford, el General victorioso y renombrado de la India.

Inglaterra ha resuelto borrar el recuerdo de su reciente fracaso, cumpliendo a la vez las esperanzas de inmenso lucro que el pomposo desfile *del tesoro del Plata* por las calles de Londres ha despertado en los comerciantes del Reino Unido (9).

Cerca de cien barcos mercantes ingleses han acudido a Montevideo, recién conquistado. Más de dos mil civiles, comerciantes, mercaderes y marineros, discurriendo por las calles de Montevideo, comienzan a dar a tan importante plaza el carácter de una colonia inglesa. Un periódico, el *Southern Star*, editado en inglés y castellano, canta las excelencias del comercio y dominio británicos.

Auchmuty, el conquistador de Montevideo, el vencedor en la India, asegura que con quince mil hombres podrá dominar todas las tierras del Plata. Tras la primera expedición de Auch-

(9) Al cabo no serán los comerciantes, sino las tropas y generales vencidos, los que alcanzarán lucro considerable al repartirse entre ellos el tesoro.

En total se repartieron 296.187 libras, de las que el General Baird recibió 23.990; el General Beresford, 11.995; cada jefe de tierra o capitán de marina, 7.000; cada capitán de tierra o teniente de marina, 750; cada teniente de tierra o alférez de marina, 500; cada sargento o suboficial de marina, 170; cada soldado o marinero, 30. El hecho de autorizar el reparto del botín entre tropas regulares *vencidas* da al primer desembarco inglés un típico carácter pirático.

Véase *Las invasiones inglesas en el Río de la Plata, 1806-1807*, por Carlos Roberts, Teniente Coronel de Reserva, Buenos Aires, 1938. Estudio completo y muy objetivo de los ataques ingleses. El autor ha realizado una investigación muy detenida en los archivos ingleses, que arroja nueva luz sobre el lado inglés de las invasiones.

muty llegan nuevas tropas, hasta alcanzar más de doce mil hombres, que Inglaterra está dispuesta a seguir reforzando, si bien alguno de dichos refuerzos, como el de mil ochocientos hombres embarcados en el «Cormoran», salido de Portsmouth en marzo, a causa de fuertes temporales no llega a Montevideo hasta el 24 de julio, cuando Whitelocke, vencido en Buenos Aires, ha pactado el abandono de las tierras del Plata.

A España, en cambio, le es imposible enviar refuerzo alguno en defensa de sus lejanos territorios.

Confiadas y orgullosas, aquel 5 de julio de 1807 avanzan sobre la ciudad de Buenos Aires las fuerzas de Whitelocke, las ocho columnas inglesas (10) a la órdenes inmediatas de tres Generales ilustres, Lumley, Auchmuty y Crawford, los dos últimos victoriosos en la India y Egipto.

Y, sin embargo, cuando a las seis y treinta de la mañana, al tronar el cañón que anuncia el comienzo del ataque, inician su entrada las columnas por las oscuras y silenciosas calles de la ciudad que parece dormida o abandonada, un extraño temor comenzó a invadir a muchos jefes ingleses. Mas ya la orgullosa orden de marcha estaba dada: Ir, arma al brazo, barriendo la resistencia hasta llegar a la barranca del Río, atacando luego de revés el fuerte con la ayuda de la escuadra. Con todo, el Coronel Duff, dominado por funesto presagio, hizo volver al vivac las banderas del regimiento 88, llegado con el General Crawford a Montevideo después de su conquista.

El funesto presagio de Duff iba a cumplirse. No sólo las tropas veteranas y las nuevas milicias, con valor, energía y disciplina, cierran el paso a las firmes columnas inglesas; la silenciosa y al parecer dormida ciudad se alza toda de pronto en una tensión de heroísmo inaudito, de frenética resistencia.

Apenas llegan las columnas a la parte central de Buenos Aires, donde está reconcentrada la defensa, ante los atónitos ingleses se abre el espectáculo temeroso, increíble, que pronto, sólo un año después, ofrecerán Madrid y Gerona, el Bruch y Zaragoza: todo un pueblo en armas, dispuesto a sucumbir antes de aceptar el yugo de la dominación extranjera.

(10) Luego desdobladas en catorce columnas.

Junto a las tropas veteranas y las milicias lucha en masa el pueblo de Buenos Aires con toda clase de armas, con cuchillos, con palos y aun sin ellos, arrojando agua hirviendo, piedras desde los parapetos de las terrazas, arrastrando carros y muebles para cerrar el paso de las calles detrás de las columnas inglesas, acorralándolas en una infernal encerrona. Se espera caiga el enemigo o el amigo, y a la mano aún caliente se arranca el fusil para ametrallar al inglés. Los viejos y los niños, las mujeres que quieren emular la gloria de Manuela Pedraza, la Tucumana, heroína de la reconquista, luchan junto a las tropas y milicias.

Y las milicias immortalizan aquel día, en tierras de América, su nombre de estirpe imperial que con orgullo y acierto les impuso Liniers: «Los Tercios». Dignos de los de Italia, de Castilla y de Flandes, que por tierras de Europa defendieron en siglos de gloria la grandeza de España. Tercios de Galicia y de Cantabria, Tercio de vizcaínos y castellanos, Tercio de catalanes, Tercio de andaluces, y el de la Unión, formado de peninsulares y criollos, organizado por el Cabildo. Y con ellos, en alta emulación de heroísmo, los cazadores correntinos, los arribeños de Córdoba y Mendoza, los blandengues de Buenos Aires y Montevideo, los húsares de Perdriel, los miguelotes, los carabineros de Carlos IV. Nombres de sabor arcaico, como de leyenda. Y la legión patricia de Buenos Aires, eje de la defensa, acudiendo con sus ocho compañías a los diversos puntos del ataque, rompiendo frente a su cuartel el avance decidido de Pack y Cadogan, hasta acorralar a este último, rindiéndolo, en la casa de la Virreina, donde la lucha fué tan enconada que por los canalones de la terraza corrió la sangre al suelo de la calle, encharcándolo.

Ante tan heroica e increíble defensa, verdadero infierno, como dirá Whitelocke en su proceso, se amedrentan los veteranos ingleses, llegando a perder la moral; Auchmuty, rendido en Santo Domingo, así lo afirma a su jefe, acuciándole acepte las duras condiciones impuestas por Liniers para cesar el combate. Y es tan exacta la afirmación de Auchmuty, que los jefes británicos, atemorizados por lo que ocurrir pueda si el combate se prolonga, aunque tienen todavía fuerzas considera-

bles, fuertes posiciones en la Residencia y Retiro, al Norte y Sur de la ciudad, e intacta la reserva que no había entrado en acción, después de detenido consejo de guerra en que toma parte el jefe de la escuadra Murray, se deciden a aceptar la durísima condición de abandonar no sólo la empresa contra Buenos Aires, sino reembarcando todas sus fuerzas renunciar a Montevideo y la extensa zona conquistada al otro lado del Plata.

Los jueces de Whitelocke calificaron la capitulación de deshonrosa, de increíble, expulsándolo del ejército. En realidad, de haberse ellos hallado en el combate, tal vez su juicio habría sido menos severo. Lo increíble no era la rendición, sino la defensa. Nunca vista hasta entonces en las guerras de Europa. La defensa justificaba la rendición, pues no sólo Whitelocke, sino el almirante Murray y su segundo, Baynton, generales valerosos y capaces como Lumley, Auchmuty, Crawford; jefes como Cadogan, Pack, Bourcke, Fraser, Whitingam, distinguidos luego en las guerras de la península y en Waterloo, no consideraron vergüenza ni humillación aceptar las condiciones durísimas impuestas por el vencedor.

Inglaterra, escarmentada, también llegó a comprenderlo. Renunciando a todo ulterior plan de conquista. La expedición de Wellesley, que luego se destinó a España el año ocho, no intenta ya la conquista, sino sólo provocar la independencia.

Las tierras americanas querían el amo viejo o ninguno. No aceptaban un amo nuevo, extraño a su sangre y su religión.

V

Las invasiones inglesas son grandes fechas históricas no sólo para la Argentina, sino para España y toda la Hispanidad. Los que aquel día eran todos españoles, españoles criollos y españoles peninsulares, salvaron con su heroísmo para la Hispanidad las tierras fecundas del Plata.

El esfuerzo de Inglaterra era decidido, y temible, por ser las condiciones en extremo favorables para la conquista. Dominando los mares, siendo imposible un desembarco en In-

glaterra, podían volcar sobre América su fuerza militar, muy considerable, según pudo apreciarse en la península; y a España le era imposible enviar refuerzos (11).

Dominado Montevideo y una extensa zona al Norte del Río de la Plata hasta la Colonia, la conquista de Buenos Aires en 1807 hubiese sido decisiva para la suerte de América.

No siendo obstáculo a Inglaterra para consolidar y conservar su conquista, su inmediata alianza con España. Durante la guerra con Napoleón, la Gran Bretaña, aliada nuestra, ayuda abiertamente la independencia de nuestros dominios, sin que a la Regencia le fuese posible realizar eficaz protesta. Del mismo modo, se hubiese visto obligada la Regencia a aceptar la conquista de las tierras del Plata para obtener el apoyo inglés contra Bonaparte.

La voluntad de conquista de Inglaterra en los años 1806 y 1807 era manifiesta y completa.

El 13 de septiembre de 1807 *El Times* decía: «*Buenos Aires en estos momentos forma parte del Imperio británico, y cuando consideramos las consecuencias... no sabemos cómo expresarnos en términos adecuados a nuestra opinión sobre las ventajas naturales que derivarán de su conquista*», añadiendo en su número del 15 de septiembre: «... es indudable que toda la colonia del Plata tendrá la misma suerte que Buenos Aires.»

En el número del 23 de septiembre exalta: «*La fertilidad del suelo que será granero de toda Sudamérica, los campos de pastoreo y hasta las mujeres de Buenos Aires, las más simpáticas y hermosas de Sudamérica.*» Sin duda esto último para aumentar y alentar el entusiasmo emigratorio hacia las tierras del Plata.

El 20 de septiembre aparece la proclama del Rey de In-

(11) Inglaterra contaba entonces con las siguientes fuerzas terrestres: 229.000 hombres de tropas regladas, 77.000 de milicias regimentadas, 296.000 de milicias ordinarias. Sus fuerzas navales eran: 180 navíos, 174 fragatas, 218 bergantines. Introducción a la *Historia de la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte*, escrita y publicada de orden de S. M., Madrid, imprenta de D. M. de Burgos, año de 1818.

glaterra declarando que «la ciudad y fortaleza de Buenos Aires, con sus dependencias, forma parte de los dominios de Su Majestad». ¡Cuando hace más de un mes Buenos Aires ha sido ya reconquistada por Liniers!

Al llegar la noticia de la Reconquista, Inglaterra no abandona la empresa; al contrario, persiste en ella con su histórica y admirable tenacidad. Además de las expediciones de Auchmuty y Crawford, ya en el mar y de los refuerzos del Cabo, envía desde la metrópoli una fuerte expedición al mando del teniente general Whitelocke, con órdenes de conseguir que la provincia de Buenos Aires, es decir, el Virreinato, quede bajo la autoridad del Rey de Inglaterra. El memorándum de Wellesley prevé el envío de fuerzas para ocupar no sólo la banda oriental y Buenos Aires, sino también Córdoba, queriendo desde el primer momento extender hasta esta ciudad la dominación inglesa.

Si consideramos que al tener conocimiento de la conquista de Buenos Aires por Beresford se preparó la expedición de Crawford sobre Chile, desviada luego hacia Montevideo, es de suponer que en esta segunda expedición (si conquistado Montevideo y la banda oriental, hubiese sucumbido Buenos Aires en el ataque del 5 de julio, extendiéndose el poder inglés hasta Córdoba), se hubiese repetido el ataque a Chile, siendo difícil y casi imposible para Abascal auxiliar esta capitania. El dominio del mar por el enemigo podía hacer incluso peligrar la suerte del Perú, como ocurrió con la expedición libertadora de San Martín, una vez que Cochrane dominó con su escuadra las costas del Pacífico.

La caída de Buenos Aires conducía a tales hechos. Constituyéndose al Sur de América un extenso dominio inglés. La indiscutible habilidad política con sus colonias, que la pérdida de las que formaron los Estados Unidos, despertó y aguzó en los gobernantes ingleses, habría encontrado fórmula para conllevar el espíritu de independencia del pueblo argentino y su personalidad hispánica con la dominación inglesa. Así supo hacerlo Inglaterra en el Canadá y el Cabo, respetando y en realidad terminando por incorporar plenamente las minorías

francesa y holandesa. La escasa población de las tierras del Plata habría, como en el Canadá, quedado desbordada por la emigración anglosajona, encauzada hacia la Argentina por sus admirables condiciones de clima y suelo con preferencia a las tierras del Canadá y del Cabo y, sobre todo, a las lejanas tierras de Australia y Nueva Zelanda.

Y la magnífica nación Argentina, honra de la Hispanidad, se hubiese perdido para nuestra raza y cultura, con cuanto ellas significan en el mundo por sus altos valores espirituales.

Grande hubiese sido también la pérdida para la religión católica. Hallándome en Roma el año 35, el señor Estrada, embajador de la Argentina cerca del Vaticano, al hablarme de su antepasado Liniers y de las invasiones inglesas, cuya alta trascendencia histórica siempre me cautivó, indicóme haber solicitado de Su Santidad concediese a la Argentina el honor de tener el primer cardenal de Hispanoamérica; justificando su respetuosa petición con el hecho glorioso de la reconquista y defensa de Buenos Aires, que al salvar la Argentina para la Hispanidad, la salvó también para el Catolicismo. Y así fué designado el primer cardenal argentino. La actual tenaz y dolorosa campaña de proselitismo protestante en América, justifica las palabras del ilustre diplomático, legítimamente orgulloso de su antepasado Liniers. ¡Cuánto más peligroso sería este proselitismo para la suerte de nuestra religión en América, si en vez de esta gran nación hispánica reciamente católica, se extendiese un dominio inglés en su mayoría de población protestante!

Así lo avizoraba el heroísmo y la fe de los defensores de Buenos Aires. Así lo proclamaba y reconocía el año 1922 monseñor Luis Duprat en su pastoral al pueblo argentino con motivo de la coronación canónica de la Virgen del Rosario de la Reconquista y Defensa, ante la cual rezó Liniers antes de la reconquista y a la cual ofrendó las banderas ganadas al enemigo: «La fe, una fe robusta, sostuvo los ánimos de la población... porque es una cosa bien sabida que allí se luchó no solamente por la reconquista de nuestro suelo querido, que no quería cambiar de dominación, sino también, y acaso más:

resueltamente aún, porque se trataba de un invasor que, con su dominación definitiva, nos hubiera traído una religión distinta y enemiga de la nuestra.»

VI

Las invasiones inglesas han merecido en la Argentina permanente y detenido estudio. Desde los libros ya lejanos de Coronado y Pereyra y las obras clásicas de López y Mitre, que con extensión tratan de aquella época crucial, una brillante pléyade de historiadores argentinos ha investigado los archivos de Europa y de América con el patriótico designio de aclarar en todos sus puntos estas dos gloriosas empresas, sin agotar la materia, tal es su complejidad e importancia. Es más, día por día crece en la nación hermana el interés por el estudio de las invasiones inglesas y del heroico reconquistador. A su lado se sitúa con justicia la figura de Alzaga, el alcalde empecinado, *alma de la defensa*, como le califica la Comisión Nacional de la Reconquista y Defensa en la lápida puesta el año 1946 a la puerta del monasterio de Carmelitas en Buenos Aires.

El interés por las invasiones inglesas es tan señalado, que dicha Comisión Nacional de la Reconquista y Defensa, cuya misión es realizar el debido homenaje a los héroes de aquellos días, ha constituido últimamente un Instituto de Estudios Históricos dedicado a la investigación de este inagotable tema. El Instituto ha publicado a fines del pasado año un magnífico volumen sobre la Reconquista y Defensa, admirable no sólo por los valiosos escritos de actuales historiadores argentinos y por el caudal de documentación, sino también por el incomparable lujo editorial digno de la grandeza del asunto (12). Otros volúmenes continuarán estudiando los diversos aspectos de los históricos hechos.

(12) Este verdadero alarde editorial ha sido realizado por las casas Peuser y Angel Estrada, esta última perteneciente a Tomás Estrada, descendiente de Liniers.

La reivindicación de Liniers es completa, considerada hoy en la Argentina como una de sus más altas y limpias figuras históricas.

El año 62, poco después del reconocimiento de la Argentina, la Reina Isabel II reclamó para nuestra patria los restos de Liniers, abandonados hasta entonces en un lejano sepulcro en el Paraná. A pesar de las protestas de la hija mayor de Liniers, Carmen Liniers y Sarratea de Perichon, fueron entregados a España, que los honra en su panteón de marinos ilustres de Cádiz, en el mismo sepulcro y monumento donde se hallan los restos de Gutiérrez de la Concha, el compañero de Liniers en la Reconquista y Defensa y en la muerte.

Hoy, en cambio, el anhelo de la Argentina es que vuelvan a aquella tierra los restos de su heroico conquistador y defensor para recibir el debido homenaje. Tomás J. de Estrada, descendiente de Liniers y secretario del Instituto de Estudios Históricos citado, me escribía en noviembre último: «No le oculto que tenemos la esperanza de que España entregue algún día a la República Argentina los restos de Liniers, para que descansen en la tierra que él reconquistara tan heroicamente, y que para guardar estas gloriosas cenizas, se levante en el corazón de Buenos Aires el monumento que nuestra ciudad debe a sus beneméritos conquistadores y defensores de 1806 y 1807.»

No me incumbe señalar, si, en su día, cumpliera se realizase el deseo expuesto por Estrada, mas sólo su generosa expresión determina cuán completa ha sido la reivindicación de Liniers y también la reivindicación de España.

Noblemente lo reconoce el Instituto de Estudios Históricos cuando dice en la *Declaración Preliminar* del volumen últimamente publicado: «Hoy, a ciento treinta y un años de la declaración de nuestra independencia, convertida nuestra patria en una de las grandes naciones del mundo, es deber de hidalguía volver nuestra atención emocionada hacia las gestas heroicas de nuestro pasado colonial, de la patria vieja, celebrándolas debidamente y rindiéndoles el homenaje de nuestra veneración y nuestro respeto en carácter de «gloriosos recuerdos» que, como lo afirma Mitre, son «comunes a ambas na-

ciones»: a la República Argentina y a España, la madre patria, de quienes somos en el Nuevo Mundo altísimos herederos de su civilización y sus glorias.»

Marchar debieran hermanadas España y la Argentina en el homenaje a los héroes de la Reconquista y Defensa; *gloriosos recuerdos comunes a ambas naciones.*

Siendo lazo de unión permanente la memoria de aquellos días. Cuando antes de partirse en dos patrias eran sólo españoles: *españoles criollos y españoles peninsulares.*

Y así el homenaje a los héroes de la Reconquista y Defensa cumpliría los anhelos de Liniers: *Este insigne triunfo debido a un pueblo generoso, debe hacer una época memorable en la Historia (13).*

ANTONIO DE URBINA

Marqués de Rozalejo

(13) Carta de Liniers a Abascal, dándole cuenta de la victoriosa defensa. Archivo de Indias. Expediente formado para determinar los auxilios que deben remitirse a la ciudad de Buenos Aires.

CRONICAS

